

ANTONIO RODRÍGUEZ DE LEÓN: ESCRITOR Y PERIODISTA

Durante la necesaria tarea de documentación previa a la escritura de un libro de relatos ambientados en la guerra civil, en el que ando inmerso desde diciembre de 2006, cobró cuerpo para mí Antonio Rodríguez de León y López de Heredia, nacido el 19 de marzo de 1896 en Villanueva del Duque, en el número 11 de la Plaza de la Iglesia, hijo de Antonio y Enriqueta. Hasta aquel momento tan sólo tenía unas vagas nociones de la actuación que llevó a cabo en la tristemente célebre jornada del 18 de julio de 1936. Al ahondar en él, me sorprendió el retrato maniqueo que la historia presentaba. Siempre he desconfiado de los trazos absolutos y en una única dirección. La complejidad humana es mayor que una línea recta y tanto en las marcas sinuosas que la conforman como en el itinerario entre los dos puntos desconocidos que une es donde radica el misterio y la belleza de la misma.

Sin lugar a dudas, el error que cometió, el mismo que miles de españoles, fue no saber reaccionar ante la situación desencadenada tras el golpe de Estado. El sometimiento estricto a las órdenes del Gobierno y la obsesión de velar por el orden público le atenuaron y le llevaron a equivocarse en el único momento en que no debía equivocarse; por lo que nunca será un héroe. La historia se lo ha hecho pagar con creces; pero, de ahí a afirmar que fuese un traidor media un abismo. Todavía hoy me resisto a pensarlo y he intentado demostrar que era un republicano convencido, como se aprecia no sólo en algunas de las ideas desarrolladas en sus escritos, sino también en la gestión llevada a cabo como Gobernador Civil en Ciudad Real y Córdoba.

Conforme he ido descubriéndolo, el gris de la mediocridad con que el olvido lo ha presentado se ha convertido en el cálido contacto de la empatía. Los prejuicios históricos sedimentados se han desmontado al conocer a un poeta, dramaturgo y novelista que, sin ser de primera línea, presenta una trayectoria, cuando menos, interesante, y a un periodista que se convirtió en referencia indiscutible de la crítica teatral española durante más de dos décadas y que acabó devorando al escritor.

De niño se trasladó con su familia a Sevilla donde cursó el Bachillerato y Derecho, siendo uno de los poetas jóvenes con más proyección del grupo del 27 en Sevilla. Fundó la revista *Alma* y publicó poemas, primero, por todas las revistas y periódicos de la capital hispalense, después por numerosas revistas de España e Hispanoamérica como *Muchas gracias*, *Rumbos*, *Nuevo Mundo*, *Prensa Gráfica*, *Mundo Gráfico*, *La Esfera*, *El Comercio*,

El País o *Cosmópolis*. Siempre se mostró reticente a la publicación de un libro de poesía, no obstante, por testimonio de Dias Amado, sabemos que en 1932 tenía la intención de publicar dos libros, uno de poemas e *Itinerario sentimental y pintoresco de Sevilla*. Ambos proyectos quedaron truncados con la entrada en política de nuestro paisano.

Con tan sólo 27 años había estrenado cuatro obras teatrales: *Cura radical*, *Toito es hasta acostumbrarse*, *Alteración de clases* y *la zarzuela Responsabilidades*, que llegó a ser censurada en la dictadura de Primo de Rivera por los fuertes ataques a una clase política inepta, causa del desorden y el caos. Las dos últimas, además, fueron impresas. Sin ser un dramaturgo de referencia, dio muestras de cierto dominio en la técnica teatral y en la construcción dramática.

Entre 1930 y 1931 vieron la luz tres traducciones: dos del portugués Ferreira de Castro, en colaboración con Dias Amado, *Emigrantes* y *La Selva*, y una del inglés, *Mis andanzas por Europa* de Charles Chaplin, junto a Rodríguez Fernández.



Los años previos a su entrada en política le consagraron como un autor de cierto renombre. Se multiplicaron los homenajes y reconocimientos. Así, en 1932 se le rindió un homenaje por la labor sevillanista llevada a cabo en la Prensa, se publicaron sendos estudios sobre su obra firmados por Max Deauville en la revista belga *La Renais-*

sance d'Occident y por Dias Amado en el periódico portugués O Seculo, se le nombró presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas Reunidos y Socio de Honor del Liceo Andaluz.

Tras ser destituido como Gobernador Civil de Córdoba y pasar dos breves estancias en la cárcel, regresó a Sevilla, donde ingresó como redactor de Fe, como medio para quedar libre de cualquier sospecha por parte de las nuevas autoridades. Entre los años 1936-1939 deambuló por varios periódicos, enmascarado bajo el anonimato o el cambio continuo de pseudónimo (Jacinto Alemán, Juan Gris o Alberto Rómulo fueron algunos), con lo que es prácticamente imposible seguirle la pista.

Con el final de la guerra, volvió a Madrid como secretario particular del director de Prensa, Luis Ortiz Muñoz, e inició una colaboración con *España*, de Tánger. Al fundarse el suplemento *España Semanal*, de Tánger, creó una sección, "El Teatro de Madrid", firmada con el pseudónimo de Sergio Nerva, que pronto le daría notoriedad y prestigio. Igualmente, desde el primer número de la revista *Semana*, en 1940, dirigida por Manuel Halcón, se encargó de la crítica teatral en una sección, "Memorias de un mirón", firmada con su nombre. Poco después ingresó como redactor en *ABC*, donde fue nombrado en 1954 Jefe de Colaboraciones y en 1963 Jefe del Archivo, puesto que ocupaba al fallecer.

Además, colaboró con diversos periódicos y revistas tanto de Madrid como de provincias, de manera que el ritmo diario de publicación le llevó a dejar relegada la creación propia. Estoy convencido de que dejó sin escribir alguna que otra obra narrativa, dramática o poética. Entre los infinitos artículos que publicó sobre diversos temas, destacamos los de crítica teatral, que, aparte del valor literario que encierran, sirven para trazar una radiografía del teatro español de la época.

A ellos, habría que sumar la aparición en 1939 de una novela corta, *Edipo padre*, en la popular colección "La novela del sábado", las diversas conferencias pronunciadas allá donde se le requería, los prólogos a diversos libros (*Nueva York: impresiones de un español del siglo XIX que no sabe inglés*, *Los premios de ABC*, *Los precursores de una era espiritual*. Hipólito Jiménez Coronado, *Las cartas boca abajo de Buero Vallejo o Teatro de vanguardia, donde se recogen obras de Paso y Sastre*) y una traducción que hace del portugués Vizconde de Almeida Garret, en colaboración con J. Andrés Vázquez, *Fray Luis de Sousa. Drama en tres actos*.

En lo que respecta a la poesía, su producción se fue reduciendo al ámbito familiar, pese a lo cual podemos destacar dos hitos: un recital de Berta Singerman en el que se recogía un poema suyo junto a algunos de los más grandes poetas universales (Rubén Darío, Lope de Vega, Poe, Juan Ramón Jiménez, Bécquer, Alberti, García Lorca o

Machado) y la inclusión en *Historia y Antología de la Poesía Española del Siglo XI al XX de Sainz de Robles*.

Inéditos, al igual que muchísimos de los versos que escribió, quedaron las dos incursiones que hizo en el mundo del cine: un guión, *Durante la ausencia*, escrito en colaboración con Javier Fernández, y una sinopsis en colaboración con Gregorio Saugar del Cerro, *El extraño caso de su graciosa majestad*.

El prestigio del crítico y periodista crecía a pasos agigantados y se sucedieron los reconocimientos. El primero tuvo lugar en 1954, al ser elegido, por unanimidad, miembro de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, con residencia en Madrid. Le siguieron el nombramiento como Socio de Honor del Círculo de Bellas Artes, la concesión del Premio Nacional de Crítica Teatral, en 1958, y el nombramiento, en 1960, como miembro de la sección de Teatro de la UNESCO.



Fue un crítico que siempre mostró una honda independencia, lo que le llevó a ser agredido física y verbalmente por parte del propietario del teatro de la Comedia, Tirso Escudero, quien, además, se querelló contra nuestro crítico por calumnias. La justicia dio la razón al demandante. Este hecho supuso un duro golpe anímico para Rodríguez de León, quien recurrió ante el Tribunal Supremo, aunque la enfermedad aprovechó el abatimiento moral para enredarse con mayor facilidad en su cuerpo. Murió el 30 de diciembre de 1965, sin ver cómo dicho Tribunal le absolvía finalmente. El funeral supuso todo un acontecimiento público y una muestra de respeto, cariño y reconocimiento por parte del mundo de la cultura.

FRANCISCO ONIEVA

